

El misterioso caso de la peste negra

Eduard Mira

Colección: Las aventuras y desventuras de Godofredo Chaucer
www.nowtilus.com

Título: El misterioso caso de la peste negra

Autor: © Eduard Mira

Editores: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3°C, 28027 Madrid

La versión catalana (valenciana) de esta novela fue publicada en 2006,
por Editorial Destino con el título *Tribulacions d'un espia vell*.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 978-84-9967-326-4

Fecha de publicación: Abril 2012

Impreso en España

Imprime: Cofás Artes Gráficas

Depósito legal: M-6606-2012

Agradecimientos

Universidad de Alicante, Biblioteca (Préstamo Interbibliotecario); Cambridge University Library; Astrid Probst, Mireia Mira, Romy Gille, Joan Perujo, Eva Rico, Ariadna Perujo, Jesús Pradells, Santos Rodríguez, Isabel López-Ayllón, Daniel Cladera, Alexandre Porcel, Diana Gayoso...

Índice

Proemio	11
La carta	21
Lenguajes cifrados, códigos, memorias y recuerdos	33
La historia	59
Obsequios y pruebas	93
Encuentros galantes	107
El mensaje	135
El voto	163
Epílogo	179

Proemio

NO se puede acusar al pobre Corbino ni a persona tan cabal como Argentina III –su dulce amiga y más conocida como «la Bella»– de haber sido infieles al solemne voto que pronunciaron, pues el secreto únicamente salió de sus bocas en circunstancias de extrema urgencia. El tal secreto ha ido transmitiéndose a modo de arcano y de madre a hija durante tres generaciones.

Biznieta soy de Corbino y de la Bella, y me habría correspondido el sexto lugar en una secuencia de Argentinas que se remonta a la Barcelona de hace más de siglo y medio. Sin embargo, por decisión de quien fue mi padre y por la amorosa debilidad de mi madre, se me dio el nombre de Isabel, Isabel de Loris, ya que he adoptado el apellido que, al parecer, injertó en nosotras aquel galán francés que escribió los primeros y mejores capítulos del *Romance de la Rosa*, libro muy leído en una época ya casi marchita. De niña, sin embargo, y de no tan niña, mi madre me llamaba a veces Melusina, de acuerdo con una tradición doméstica que comenzó en algún punto

de nuestra ascendencia familiar, y a guisa de homenaje al hada cuyos vuelos y andanzas solía contarme mi progenitora junto a la cuna, tal como ella lo había escuchado de la suya. Me he acostumbrado a ser nombrada así de vez en cuando y no me arrepiento; que eso de tener días para una misma y espacios ocultos me seduce. Por más que mi cuerpo nunca haya dado signos de que le fueran a crecer alas de dragón y cola de serpiente, como le aconteció al hada, he hecho mío hasta tal punto al personaje que temo salir volando un día por encima de los montes. Depositaria soy, en todo caso, de un secreto familiar, y me corresponde trasmitirlo de acuerdo con la manera en que mis predecesoras interpretaron el pacto de silencio que hizo jurar don Godofredo Chaucer a Corbino y a la Bella..., y también al modo mío.

El que ya no esté en edad de tener descendencia de ningún sexo –ni haya sido tal mi inclinación– me ha llevado a escribir este tranco y otros que le irán a la zaga. No creo que don Godofredo Chaucer se revuelva en el sepulcro de la abadía de Westminster, donde reposa desde hace más de cien años. Sí, allí sigue, por más que el rey Enrique VII de Inglaterra haya levantado una muy hermosa capilla, dedicada a Santa María, en el solar junto a la iglesia abacial que ocupó la casita que viera fallecer al poeta, al espía ya viejo. Entretanto, ese marino genovés al que llaman Cristóbal Colón ha ido varias veces a las Indias por Poniente, y hasta tengo oído que el papa Alejandro VI ha invitado a un silesio de nombre absurdo a enseñar en Roma que la Tierra gira alrededor del Sol.

A menudo observo las estrellas valiéndome del astrolabio que magister Eleazar de la Cavallería regaló a don Godofredo Chaucer, que este quiso donar antes de morir a su fiel Corbino y que, de Argentina en Argentina, llegó hasta mí. Poco me dicen los astros, pues no estoy muy versada ni en astronomía ni en astrología judiciaria, pero me temo que algún parte de calamidades se oculta en el firmamento, listo para sacar la cerviz y abrir de par en par los establos donde aguardan con impaciencia, relinchan, bufan, piafan y dan coces los entecos rocines del Apocalipsis. No puedo quejarme del siglo que me ha tocado vivir. Presumo que no ha sido tan funesto como el anterior. Sin embargo, algo más que el astrolabio y el firmamento me dice que en la centuria que entra los campos se llenarán de horcas y picotas, de incomprensión y de muerte, de monstruos y de bestias que harán huir —por encima de las hermosas torres, los agudos chapiteles y las cresterías en que mis tiempos tanto han abundado— a aquella Melusina que, en suma, fue un hada amable, reliquia inútil de otras épocas.

He preferido poner en boca de mi bisabuelo Corbino estas páginas, pues fue él quien las vivió, y he optado por hacerlo al estilo de esos retablos llenos de personajes y de escenas que tanto gustaban en el siglo que siento cómo fenece. Todavía no sé qué destino voy a darles, ya que me reconcome de algún modo el juramento familiar, y, como he apuntado, no tengo hijas a quienes legárselas y tampoco hijos. En realidad, desconozco cuánto hay de verídico en ellas. Como bien decía don Godofredo Chaucer, lo oído, lo visto, lo olido, lo gustado, lo palpado y lo leído se amalgaman en la mente para dar unas mixturas que acaso tengan poco en común con los simples que las

constituyeron y que, una vez adobadas, son propiedad de su autor y del mundo; no pueden ser ya un secreto para nadie.

Sobre mi escritorio se amontonan papeles, vitelas, libros, recuerdos y memorias de un tiempo que no llegué a conocer; voces y rostros que tampoco vi en persona, pero que son vivencia íntima. Los trato con esmero, como sin duda hace el alquimista que nunca deja de barrer su cubil ni de fregar sus redomas y atanores, a fin de que el compuesto que busca se sublime, decante y purifique con calma y pulcritud.

Muy puntillosa soy con la limpieza, pues no sólo aleja pestes sino también todo tipo de miasmas. Es precisamente la pulcritud y el buen acomodo lo que caracteriza a los hostales que tengo en arriendo en la mancebía de Valencia, la mejor aderezada de toda la cristiandad y de la cual se hacen lenguas cuantos viajeros la visitan, vengan estos de Italia, de Alemania, de Bohemia o de Polonia.

Con siglo y medio de retraso, he convertido en realidad el sueño que siempre acarició quien comenzase la saga de las Argentinas: aquella Argentina I que cantaba motetes para el rey Alfonso el Benigno y que tuvo un prostíbulo notorio en la calle de los Baños Nuevos de Barcelona. He heredado también su voz de plata y, de algún modo, creo haber saldado una deuda con tan brava fémica, a la vez que me hacía un favor a mí misma. «Que una es siempre la mejor amiga de su propia persona», podría haber sentenciado don Godofredo Chaucer de haber nacido mujer.

Digo que he hecho realidad el sueño de mi querida antepasada, ya que los dineros que me traje de Londres, sumados a las rentas que me proporciona el saneado negocio del burdel valenciano, me han permitido retirarme

a una quinta entre aromas primerizos de azahar y murmullo de arrayanes; donde florece el jazmín y madura el limonero, se elaboran las mejores uvas pasas que jamás he catado y se crían sabrosos tintos de mucho cuerpo y excelentes moscateles que con gran placer habría paladeado don Godofredo Chaucer. Hasta aquí me llega diariamente el eco de aquellos días que tan sólo viví de oídas pero que, como dije ya a vuestras mercedes, llevo impresos en el alma, a pesar de los muchos avatares que la existencia me ha ido deparando.

Jalón, tal es el nombre de la aldea y del paraje donde tengo mi hogar. Eleazar de la Cavallería (el converso cristiano, espía, físico, trujamán o lo que buenamente fuera, que tan bien conoció a Godofredo Chaucer y que tanto tiene que ver con esta historia) anduvo de paso por aquí cuando los temporales obligaron a la galera en que viajaba a buscar puerto de paz en la cercana Jávea. No me extraña, sin embargo, que quienes no son naturales de estos pagos no conozcan el lugar de mi retiro, pues se trata de un valle recóndito en mitad de las entrañas del Reino de Valencia, más allá del río Júcar, entre la capital de ese Estado de la Corona de Aragón y la ciudad próspera y riente que llaman Alicante; un valle que acuna —entre alcores, roquedas y ásperas montañas cubiertas de carrascas, arces, fresnos, pinos, palmitos y coscojos y donde menudea la salvajina— a la savia que alimenta a las higueras, a los cerezos de suave rubor, y a los almendros que para San Eladio visten los bancales de piedra seca con velos de novia. Bajo el emparrado donde garabateo mis folios desde antes de que se iluminen las luciérnagas hasta el despertar de la alondra, hurtándome a los rigores del estío, he encontrado esa *aurea mediocritas* en la cual cuerpo y mente hallan sosiego y que tanto añoraban

filósofos antiguos como Ovidio y Séneca, muy caros a don Godofredo Chaucer.

He heredado de mis mayores la afición a la lectura, pues putas doctas fueron las Argentinas, como explicaré o, más bien, como les explicaré Corbino. Me he aficionado a la excelente literatura escrita en las tierras que me acogen y cuya lengua, que fue de mis antepasadas, he logrado dominar. Leo, por tanto, con delectación, cuando estoy en vena grave y melancólica, los versos del caballero Ausías March, el cual tuvo feudos mal ganados —que sus descendientes aún se disputan— por estos valles y sierras. Huelgo con los galanteos y formas literarias de Roís de Corella, clérigo cortesano y vividor. Me río muy de veras con los escritos del médico Jaime Roig, a quien llegué a conocer en un mercado de Valencia y a quien sólo achaco que no me prestase atención cuando le expliqué por lo menudo las teorías de *magister* Eleazar. ¡Me recuerda tanto a cómo pudo haber sido don Godofredo Chaucer...! Igualmente misóginos, en apariencia, los dos; igualmente mordaces, igualmente agudos, igualmente cautos. Disfruto, sobre todo, de las enjundiosas aventuras de Tirante el Blanco, el caballero con algunas máculas que, como su autor, don Juan Martorell, murió en el lecho después de mucho lance en vida. Muy caro me resulta el tal don Juan, por más que no llegase a conocerlo personalmente. Acaso algún día explique a vuestras mercedes las exactas razones de esa querencia.

Hojeo a veces el relato que don Ramón de Perellós hizo del purgatorio de San Patricio, las obras de Raimundo Lulio —que me aburren un poco—, las del arrapiezo de fray Anselmo Turmeda y hasta los latines de Bernardo Metge, preceptor que fue a ratos de la Bella...; a

Jaime y a Pedro March, poetas amorosos, y, con algún esfuerzo, a trovadores y troveros antiguos. No me disgusta Leonor de Aquitania; a María de Francia, la encuentro un tanto dulzona; a Cristina de Pisán, cuya obra he conocido no hace mucho, demasiado severa. En cambio, me distrae honestamente—más que servirme de lectura piadosa— el estilo, al tiempo feraz, deleitable y hogareño, la difícil sencillez, de doña Leonor de Aragón, más conocida como sor Isabel de Villena desde que profesara, a los quince años de edad, en un convento de clarisas con mucha prosapia y del que fue abadesa. Sor Isabel nos legó, con su *Vita Christi*, el último gran ejemplo de la brillante prosa que alumbró la Valencia cuatrocentista.

He logrado, incluso, una copia del libro de aquel Guillermo de Loris, de cuya simiente procedo, y hasta de la fábula del hada Melusina, compuesta por el picardo Juan de Arrás. Según pasan los años, me he ido aficionando también a los versos de Jorge Manrique, un castellano muy grave, bien distinto a aquel marqués de Santillana que tanto me agradó en su fondo y en su lozana forma, y que fue mi primer libresco amor en la lengua de Castilla. Aun así, he leído en los últimos tiempos, con mayor deleite, una obra que hace muy poco ha salido de la prensa en una ciudad renana. Aunque la obra en cuestión lleve por título *Comedia de Calixto y Melibea*, no sabría si calificarla como novela o como pieza para ser representada —o, al menos, para oír cómo nos la declaman—, ya que sus personajes no dejan nunca de razonar entre sí o para sí mismos, mostrándonos, a través de los actos que nos cuentan, las múltiples máscaras que el amor asume: desde el más fino y depurado sentimiento hasta aquello que personas más remilgadas y menos vividas que yo tendrían por soez y reprochable. ¡Ah, el amor, el amor...!

Me ha dado por componer estas páginas en la lengua de Castilla —que he acabado haciendo mía yendo de oca en oca entre salones de respeto, burdeles y cenáculos literarios—, ya que es muy clara, rotunda y dúctil y me place, por más que, a la hora de escribir, me valga, asimismo —y según mi ánimo— del bello romance de estas tierras, de mi inglés natal, del toscano, del francés o de algún otro idioma de la legua. No estoy demasiado ducha en el genovés de Corbino, y también por ello he preferido emplear aquí el castellano a modo de tierra de nadie.

Mas volvamos a mis principales lecturas bajo la parra. Admiro a los poetas italianos casi tanto como a los latinos, y los cuentos de Juan Bocaccio me producen más de una sonrisa y alguna carcajada franca. Los ingleses Gower y Langland me cargan soberanamente, pero leo y releo, como pueden comprender vuestras mercedes, los poemas de don Godofredo Chaucer y, en particular, los Cuentos de Canterbury. Lo hago, eso sí, con un talante muy distinto al que me suscitan los demás autores.

A comienzos de la primavera, los hortelanos moriscos enjalbegan y orlan con añil la alquería espaciosa y limpia donde vivo y en cuya linde sonrío, con el recato que imponen estas tierras enjutas, el agua del riachuelo que discurre por entre cañaverales; bajo los sauces, los frescos chopos, el viejo almez... En verano, las sirvientas extienden juncos, lavandas y romeros sobre las baldosas de barro cocido que alternan con azulejos de Manises y Paterna bellamente decorados en añil. El aroma a ropa limpia y a patio recién regado, a pan tierno y al amor nocturno se amalgama con las fragancias del espliego, del hinojo y del tomillo que tanto abundan en los eriales próximos, con los trinos de gorriones y jilgueros, con el

silbo de la abubilla y la ronca voz de las cigarras, y espera que los grillos comiencen su cántico a la noche, los carnales instintos aguzados por la brisa marina que hasta aquí se abre veredas a través de ramblas y quebradas. En otoño, me llegan, nada más rasgar la aurora, los cantos de los vendimiadores, los trajines de los zagales que vanean el olivar, el olor a tierra chopa, a nubarrones y rocíos. En invierno, los naranjos dan su espléndido fruto dorado cabe la fuente del jardín, protegidos, por altos muros tapizados de madreSelva, de los vientos desabridos, de las escarchas y de miradas golosas. Y, en lo alto, casi siempre, un cielo tan azul como los ojos de maese Godofredo Chaucer, o tan negro y lleno de astros como a él le habría complacido escrutarlo; cuajado de estrellas fugaces cuando llegan los calores, de vidas errantes que, sin duda, se entretejen y nos hacen signos.

Sí, este es un pequeño paraíso donde las horas discurren morosas, donde hilo retazos de mi propia vida y de las vidas de otros que junto a mí han pasado, de vidas que he oído contar, que he leído o he inventado yo misma —ya no lo sé de cierto—, con las vivencias que me transmitieron la fértil memoria y la locuacidad de mi madre, Argentina V. Por ventura algún día cuente también la manera precisa en que recibí ese legado, por qué he elegido este valle como lugar de gozoso retiro y qué derrotas me condujeron hasta él.

Mientras tanto, a fecha fija, como quien hace honor a un compromiso, me sirvo bajo el emparrado una copa de vino generoso o un vaso de clarete, y leo por enésima vez los gruesos volúmenes que me traje de Inglaterra y que reúnen las obras de don Godofredo Chaucer. Recorro con delectación las páginas ajadas, dejando que

la mente divague. Es como un rito que recomienza, precisamente como lo expresó el propio Chaucer, «cuando abril, con sus suaves lluvias, anega la raíz de las sequías de marzo y todo baña en la dulce savia por cuya virtud los campos florecen; cuando el tierno hálito del céfiro ha hecho ya despertar surcos y bosques y ya su música entonan dulcemente las aves que, en ese tiempo, duermen sin cerrar los ojos, tanto Natura las excita; cuando ya ha recorrido el joven sol media jornada en Aries».

Mas ya es hora de que comience el relato. Dejo, pues, la palabra a mi bisabuelo Corbino.

La carta

Hostal del Áncora, Burdeos

Salve, amice:

Mucho os agradezco, maese Godofredo Chaucer, la recomendación que me hacéis en el sentido de que lea con atención los textos de vuestro buen amigo Guillermo Langland y, en especial, el poema que comienza con el verso «They are my brethen by blood, for God bought us all», Son mi grey por derecho de sangre, pues Dios nos redimió a todos. La obra me parece muy edificante y moralizadora para los tiempos que corren, aparte de la calidad y el buen artificio con que está compuesta. La he leído con gran placer y utilidad. He apreciado también su buena caligrafía. Me hace pensar en la de aquel copista de quien os valisteis a la hora de redactar el Tratado del astrolabio, que compusisteis para vuestro querido hijo Luis y en el que pude ver el gran provecho que habíais extraído de los estudios que realizasteis en torno al tema, en los cuales yo mismo tuve el honor de iniciaros. En breve recibiréis el barril del clarete que me satisface ofreceros y que quizás os recuerde a aquel otro que tuvisteis el placer de saborear con motivo de vuestro viaje a Navarra. A la hora de degustarlo debéis extraerle todas sus virtudes y utilizar, para ello, el método que os enseñé.

Hacedlo con parsimonia y tened en cuenta siempre, como recomendaba Pablo de Tarso, que un buen vino alegra el corazón, por muchas tribulaciones que os acosen, y que bueno es que sea compartido por las gentes, y en particular por aquellos que en vuestro país gozan de influencia y dominio. Quizás, las sensaciones que os depare el catarlo os inciten a escribir aquella historia que hace años os relaté y la incluyáis en ese libro de cuentos que tanto empeño mostráis en componer.

Os desea toda suerte de venturas,

Ausías Temple, presbiterus

P. S.: Fijaos bien en la tersura, la opacidad y el cuerpo del folio en que os escribo. Sé que, cuando no utilizáis la mejor vitela, mucho os place el papel de primera calidad. Este lo conseguí en una villa del Reino de Valencia que llaman Játiva. Se fabrica allí desde tiempos de los moros y tiene fama de ser excelente. Si os place, os enviaré unos pliegos en blanco que obran todavía en mi poder. Con el barril de clarete os hago llegar, asimismo, un presente que mucho espero que sea de vuestro agrado.

La misiva había llegado a manos de maese Godofredo Chaucer al atardecer. La trajo el capitán de la carraca Santa Magdalena, tan añosa y vacilante como su patrón y que esa temporada hacía la ruta entre Burdeos e Inglaterra. Mucho se alegró maese Godofredo Chaucer al encontrar a un antiguo conocido, a quien apenas habían hecho cambiar tantos años de corsos y fletes, de trabajos y galerías, según aseguraba mi amo entre albricia y albricia, si descontamos las arrugas que le habían dejado el mascarón como una telaraña, la mengua de dientes, de cabellos y hasta de un ojo.

El marinero aprovechó la ocasión para relatarnos con todo lujo de detalles los chismes que circulaban por los puertos. Entre otras cosas, nos dijo que un compadre

suyo recién llegado de Cataluña le había asegurado que los cristianos, azuzados por el celo de los dominicos, acababan de asaltar la judería de Mallorca y que habían pasado a cuchillo a casi todos los que allí residían. Lo mismo estaba sucediendo, según el navegante, en Valencia, en Barcelona y en otras villas del rey de Aragón.

—¡Merecido se lo tienen! ¡Ellos son los asesinos de Jesucristo Nuestro Señor! —bramó al referirnos los hechos, por más que él, que por tantas y tan peligrosas derrotas le tocaba navegar, se hubiese quedado sin las buenas cartas náuticas y las brújulas fiables que construían los judíos mallorquines.

—Buena percha para el personaje que estoy confeccionando, ¿eh, Corbino? —me señaló maese Godofredo nada más aquel individuo hubo transpuesto el umbral de la puerta, de regreso, probablemente, a mares dudosos, a esas derivas fortunaes donde cada lugar en que recalas te llena la sentina de fábulas y embustes.

»He vuelto a verlo por un instante con el porte que lucía en otras épocas, en aquellos tiempos de la gran peste durante los cuales, siendo yo muy niño, mi padre, ya lo sabes, se trasladó con su familia a Southampton para ejercer como delegado del proveedor de las bodegas reales: la misma piel tostada por vientos y salitres, la túnica azul de sarga basta descendíéndole hasta los corvejones, la daga colgándole del cuello de tiburón...

Hartas ocasiones tiene de cruzarse con personas de tal jaez quien, al igual que mi amo, haya sido paje de un príncipe, soldado y cautivo de guerra, camarero y escudero real, además de espía y emisario a sueldo de otro príncipe, y que, con Eduardo III y su sobrino Ricardo II, a quien Dios guarde, lleve conocidos ya dos reyes, aunque

sea desde el lugar que le corresponde. No anda en verdad mal servido de amigos, enemigos, compadres, amos, aduladores y falsarios quien, como él, haya sentado plaza, digo, de cortesano con pocos medios, de inspector adjunto de las aduanas y arbitrios tocantes a pieles, lanas y cueros en el puerto de Londres, de juez de paz interino en Kent, de parlamentario temporal por ese condado, de segundo del encargado de los edificios y obras de la Corona y, por fin..., de cesante.

—¿Que no convertiré a este bribón en narrador de la historieta del mercader de San Dionisio, lugar célebre cercano a París; del viejo rico y casado con mujer pizpireta, jacarandosa, gastadora y presumida...? ¿Te acuerdas?

—¡No iba a acordarme! ¡Si yo mismo le había puesto sobre la pista de la trama, ya que me había sucedido un hecho en cierto modo semejante, si bien mi amo adoba de tal modo y hace tan suyas las historias ajenas que, cuando salen de su tintero, ya no pertenecen a quien las vivió!

No hace falta ser cortesano o del círculo de amigos y poetas de don Godofredo para estar al tanto de sus escritos. No sólo me corresponde copiarlos; harto he de escucharle recitar en casa los versos de esos cuentos que van relatando los componentes de un grupo de peregrinos a Canterbury y que tan empecinado está mi amo en convertir en un libro que superará con mucho al de aquel toscano que llaman Juan Boccaccio, pues, en él, quienes explican las historias, razonan y disputan entre sí, se alaban, se insultan, cabalgan, comen e incluso tocan la gaita.

—¿No dijisteis que ibais a atribuir el cuento del mercader de San Dionisio a una comadre de Bath? —le pregunté, entonces.

—Cambiar de opinión es de sabios, y mudables son las letras y las palabras, hijo. Si no lo fueran, no habría versos, no habría amor; no existiría todo aquello que requiere ocultación y penumbra. Cuídate de quienes aseguran que el pan sólo es pan y el vino es sólo vino. El mismo Cristo Nuestro Señor se habría condenado de haber sostenido eso. Desconfía de las gentes de una pieza, de quienes no dudan. «Boca que dice que sí, boca que dice que no», solía afirmar mi abuela, que era sabia.

»Sí, lo pensé al principio para la comadre de Bath, pero me pareció de poca enjundia para un personaje tan rotundo, tan estupendo. Un libro es como la vida; todo en él cobra sentido a la larga. La memoria se parece a un molino: echas a la muela granos de diverso origen y acabas obteniendo en la tolva una harina que no es la suma de esos granos, sino otra cosa. Adquieres los conocimientos de muchos modos; aquí, allá y acullá. La memoria los amalgama, los transforma, los purifica, los enriquece y los hace tuyos. Sí, de ese modo ha sido... —Su mente parecía deambular por versos y vivencias—. Pero dejémonos de monsergas —cambió de tono, al tiempo que rasgaba el lacre del sello y abría la carta— y veamos qué contiene el pliego que acabamos de recibir. Reza para que no sea otra requisitoria de pago urgente.

Leyó despacio el escrito que he presentado a vuestras mercedes al comenzar estas páginas. Una amplia sonrisa le iluminó por fin el rostro: «Ausías, Ausías Temple...». La esplendorosa sonrisa de hacía un instante se amplió hasta casi dar en tajada de melón. No había tardado mucho maese Godofredo en descubrir la identidad del remitente

de la misiva. Según me desveló, el tal Ausías Temple no podía ser otro que Eleazar de la Cavallería, aquel converso originario de los dominios del rey de Aragón a quien conoció en sus años mozos y con el cual se había topado en diversas ocasiones; es decir, un marrano, que con esta palabra despectiva llaman en Castilla a los hebreos que han recibido el bautismo con dudosa convicción, que nunca comen tocino y aún practican a escondidas sus ritos nefandos. *Xuetas* o *xuetons* los llaman en las Mallorcas, donde no faltan.

«Mas bien un malsín tal vez sea este judío», empecé a sospechar, «uno de esos cristianos de nuevo cuño que no dudan en delatar a sus antiguos correligionarios mal convertidos; que no se puede esperar excesivas lealtades de un espía, con todos los respetos hacia vos, maese Godofredo».

—Eleazar, que es nombre bíblico, se traduce por Ausías en las hablas provenzales y gasconas, y creo que también en la que es propia de catalanes, valencianos y mallorquines, y caballería no ha habido más esforzada que la del Templo —me explicó maese Godofredo, todavía más ufano.

La orden del Templo había sido disuelta décadas atrás, de resultas de las insidias de un rey de Francia. Aun así, su cenobio sigue todavía en pie en la ciudad de Londres, por más que sean los hospitalarios de San Juan quienes lo disfruten. También yo, de tanto estar junto a mi amo, he acabado por saber de esos menesteres y estoy avezado a observar con atención lo que me encuentro en el camino. «Ausías Temple y Eleazar de la Cavallería son, pues, la misma persona, o más bien, el primero, un alias del segundo», caí..., con una pizca de retraso. ¡Vive Dios!

—¡Tampoco tiene retranca lo de presbítero. «Ausías Temple, ¡presbiterus!», así se firma el fulano —me espetó maese Godofredo, como hablando para sí mismo y sin que la

sorna le abandonara las facciones—. Rabino, en todo caso. ¿Qué disfraz habrá adoptado ahora ese tunante? Hostal de Áncora, Burdeos... ¡Vaya, vaya! El viejo lebrél, de nuevo. —A la sonrisa que había estado iluminando las cavilaciones de don Godofredo se sumó ahora un destello de complicidad—. Por cierto, buen papel se gasta el colega —añadió dirigiéndose a mí mientras calibraba la calidad del pliego acariciándolo entre el pulgar y el índice—. No le deben de ir del todo mal los negocios. Tendremos en cuenta su ofrecimiento de las labores de Játiva; que el último atadizo que compramos más parece secante que otra cosa.

Mal podía yo adquirir papel más liso y de más grosor con el dinero que mi amo me daba para tal fin. Como no le dolían prendas a la hora de acicalarse la figura y de regalarse el paladar con viandas de primera y buenos caldos, debíamos hasta la chupa al patrono de la casa, a sastres y a especieros, y apenas las sisas de algún cobre me bailaban en la faltriquera la última vez que me envió a por recado de escribir. Con las diez libras anuales que asignó, el año setenta y cuatro, don Juan de Gante a don Godofredo por favores debidos y para que pusiese mucho empeño en los asuntos que le encomendaba, hemos ido tirando desde que él renunció a su puesto de subinspector de obras y edificios de la Corona.

—¡Cómo voy a haberle recomendado yo a Eleazar ese plúmbeo amasijo de versos que es el *Pedro Labrador* de Langland! —exclamó frunciendo el ceño al repasar los versos que el judío había incluido en su carta—. ¡Si ya no recuerdo cuántos años hace desde que vi por última vez al condenado hebreo! ¿Cuántas veces se han cruzado nuestros caminos? —se preguntó, aguzando la memoria—. Sí, en Navarra, hacia el 1366 ó 1367, fue lo del barril...